



Leoni y Joaquín



Rafael Morales Gamboa

© Rafael Morales Gamboa 2024.
Todos los derechos reservados.

Las fotografías son del archivo familiar.

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
“Atribución-SinDerivadas 4.0 Internacional”.



Agradecimientos

La historia de cómo los padres de mi esposa se conocieron, cómo fue su noviazgo y los obstáculos que tuvieron que sortear para finalmente casarse y fundar así la familia que me ha hecho el favor de acogerme, me ha encantado desde la primera vez que la escuché de labios de mi suegrita Leoni —no le gusta que le diga ‘suegra’ porque le parece un término muy “rasposo”. A mediados de este año, en que ella ha cumplido ya ciento dos años de vida, pensé que era el momento de hacer algo para que esa bella historia no se perdiera y pudiera llegar a sus bisnietos. Así que me dediqué a preguntarle los detalles, que ella muy amablemente me fue narrando y por lo cual le estoy muy agradecido.

Lamentablemente, fueron pocos los años y pocos también los momentos en ellos que tuve la oportunidad de convivir con mi suegro y conversar con él sobre su historia, pero agradezco a mi cuñado Joaquín que haya leído versiones previas de este texto y haya aportado correcciones importantes a la historia contada entonces, así como a mi cuñada Mago por correcciones de último minuto. Agradezco también a mi esposa, Patti, por leer la historia para su mamá, pausadamente y en voz suficientemente alta, de modo que ella pudiera también corregir lo necesario para que lo aquí contado corresponda mejor con lo sucedido.

Agradezco a mi sobrino, Lino Daniel Pérez Morales, por hacerme el gran favor de leer —con esa hermosa mirada crítica que tiene— lo que yo creía era la versión final de este texto; por sus comentarios, que me hicieron sentir que se entendía lo que yo que-

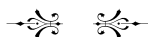
ría decir, y por las correcciones de forma y fondo que afinaron la redacción y presentación final de este documento, aunque haya quedado todavía mucho por hacer.

Finalmente, agradezco a todos los que lean este texto por el tiempo que le dediquen, porque lo guarden en su memoria y lo compartan con sus hijos, para que la historia de Leoni y Joaquín se mantenga viva por muchas generaciones más.

Inevitablemente, hay muchos detalles de la historia real que se omiten o no se plasman con suficiente detalle en este texto, como habrá también algunos errores en su narración. Asumo la responsabilidad por ello.

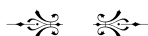
Rafael Morales Gamboa
Taxco, Guerrero, México
25 de diciembre de 2023

La familia Terán Castro de Zacatlancillo, Guerrero, fundada por Reyes Terán y Amelia Castro, fue una de esas familias de pequeños ganaderos, de buenos modales y profundamente católicas, que padecieron la Revolución Mexicana. Particularmente, porque Zacatlancillo, en el municipio de Teloloapan, se encuentra ubicado en la falda de un cerro que es plano en su parte superior y que se prestaba muy bien para vigilar la región durante la guerra, de modo que estuvo ocupado permanentemente por el ejército revolucionario que bajaba al pueblo a surtirle de lo que le hiciera falta.



Nacida en 1921, cuando el torbellino de la Revolución ya se estaba aplacando, Leonila fue la menor de siete hermanos, tres mujeres y cuatro hombres —Mica, Dona, Hermila, Herón, Francisco, Ofelio y Leonila, aunque hubo otra hija después de Leonila que solamente vivió un mes. De pequeña le gustaba mucho ir a la escuela y aprender a leer y a escribir, además de recibir las enseñanzas religiosas propias de esa época y esa región. Lamentablemente, en el pequeño pueblo sólo había maestro para educación primaria; el resto de los estudios tenían que realizarse en la ciudad cercana de Teloloapan y los papás de Leonila se conformaron con que sus hijos e hijas terminaran la primaria, pues los primeros estaban destinados a las labores del campo y las segundas a las de la casa, especialmente en la cocina. Sin embargo, Leoni —como le dicen la mayoría de los que la conocen y como le gusta más que le llamen— pensaba diferente: cuando creció, quería ir a estudiar Geografía a la Ciudad de México, donde tenía primos a los que les iba bien en el oficio de peluquero y que le ofrecían alojamiento y cuidados. Los papás de Leoni, no obstante, le negaron el permiso —su mamá pensaba que su hija en la ciudad podría caer en el libertinaje y, como muestra, cortarse el largo cabello que bajaba más allá de su cintura— y entonces Leoni tuvo la necesidad de encontrar otro modo de ser útil para la familia que no fuera pasar las horas moliendo nixtamal y haciendo tortillas, como veía hacerlo

a su hermana Mica. Eso no era para ella; nada más no.



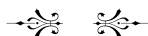
Cuando Leoni era adolescente llegaron al pueblo trabajadores del gobierno con los postes y los cables para conectar el pueblo a la red eléctrica del país y se dirigieron a su tía Sefe, la Principal del pueblo, buscando quien les lavara la ropa; pero nadie se animaba. Tía Sefe le platicó de casualidad a su sobrina Leoni, quien ni tarda ni perezosa se ofreció para hacerlo y un tiempo se dedicó a ese trabajo con tal de ganar dinero. Cuando sus hermanos le reprochaban su ambición, que no se conformaba con lo que tenía, Leoni les decía que ellos debían aprender un oficio, como el de peluquero que ejercían sus primos en la Ciudad de México, para así evitar vivir del trabajo arduo del campo; pero sus hermanos se reían de sus propuestas.

Con el tiempo, Leoni descubrió otra actividad que se veía bien que realizaran las mujeres, que generaba ingresos —tan necesitados por su familia, venida a menos a consecuencia de la Revolución— y que no se realizaba en la cocina: la costura. Primero aprendió por su cuenta a coser y remendar delantales y ropa; lo hacía bien y fue ganando clientes y sus centavitos. Luego convenció a su papá de que la dejara estudiar con una modista en Telo-loapan por tres meses, donde viviría en casa de su padrino Rafael Terán, quien la cuidaría más que a sus propias hijas. Aprendió entonces a hacer ropa para mujeres. Posteriormente, se fue a vivir al calor de Arcelia con su hermano Dona, ya casado y en quien su padre tenía mucha confianza, para aprender a hacer ropa para hombres con un buen sastre que era amigo de su hermano. A partir de ahí nunca le faltaría trabajo; cocía alteros de pantalones y camisas y confeccionaba vestidos que copiaba de las tiendas de Teloloapan, de modo que sus padres aceptaron con gusto su vocación por la costura y los ingresos que por ella recibían. Fue gracias a los rendimientos de su trabajo que pudo tramitar y pagar la conexión de la casa paterna a la red eléctrica nacional, para no tener que coser a la luz de una lámpara de petróleo.

Además de entregarse al oficio de costurera, Leoni daba catecismo los fines de semana a los niños que su hermano Herón recolectaba por las calles del pueblo y le llevaba a la parroquia. De modo que se convirtió en una joven bien educada y profundamente católica, pero con ambición de ser algo más que ama de casa; generaba una parte muy importante de los recursos económicos de su familia, era muy querida y —como hija menor— estaba implícitamente destinada a cuidar de sus padres hasta su muerte.

Como era de esperarse, su familia la cuidaba mucho, a lo que se sumaba que ella misma miraba con cierto desdén a los hombres del pueblo y cercanías —la mayor parte campesinos. Parecía que Leoni iba a seguir el ejemplo de sus hermanas mayores y su hermano Herón y se mantendría soltera por el resto de su vida, aunque no le faltaron los pretendientes entre los ganaderos ricos de los pueblos vecinos. Uno de ellos hasta mandó a hacer la mesa donde iba a poder cortar sus telas —pero no le sirvió de nada, porque Leoni lo interpretó como una señal de que la iba a poner a trabajar para mantener la casa.

Su papá la llevó a una fiesta solamente una vez y en ella un militar empleado del gobierno, muy seguro en su uniforme y presumiendo de mucho rango, la sacó a bailar usando un pañuelo blanco como muestra de cortesía y respeto. Leoni no sabía bailar, pero lo hizo como pudo. El militar la regresó a su asiento usando el mismo pañuelo que tanta gracia le hizo a Leoni; pero nada más se sentó y enseguida su papá se la llevó de la fiesta. La otra persona que podía sacarla a pasear era su hermano Dona, quien también la llevó a una fiesta, en Coyuca de Catalán, y ahí un joven rico y mimado puso sus ojos en ella; pero era demasiado mal hablado para el gusto de Leoni, quien ignoró sus pretensiones.



Cuando crecieron, sus primos Pimbi y Neo se fueron a trabajar a Cuernavaca y su mamá se fue con ellos, mientras que sus primas Soco, Bonfi y Ñoña se quedaron con su papá, Juan Terán, en



Leonila Terán Castro.

Zacatlancillo. Esto abrió los horizontes para Leoni, que empezó a ir a Cuernavaca con sus primas para visitar al resto de la familia. Otros amigos del pueblo emigraron a Taxco y varios de ellos trabajaban en el Hotel Victoria, entonces el mejor hotel de la ciudad, y animaron a las muchachas a conocer Taxco. Fue así como, en 1946, Leoni, Hermila y Bonfi llegaron a Taxco y fueron invitadas por sus amigos a comer en el restaurante del Hotel Victoria.

Durante la comida en el hotel, los paisanos de Leoni le presentaron a Joaquín Gallegos Albavera, un joven que había llegado a Taxco a los diecesiete años, proveniente de un pueblo todavía más pequeño que Zacatlancillo, conocido como Los Sauces, para trabajar y así sostener a sus padres y hermanos. A poco de llegar, Joaquín trabajó en la construcción de lo que sería el Hotel de la Borda, donde posteriormente ingresó como camarero y mesero, al tiempo que trabajaba en el bar del Hotel Victoria, turnándose con sus compañeros en servir y cobrar las bebidas. Aunque su sueldo era bajo, fue suficiente para finalmente traer al resto de su familia a vivir a Taxco.

Joaquín se ofreció a enseñarles Taxco a las recién llegadas y ellas aceptaron con gusto, considerando que Joaquín tenía buenos modales, las trataba con respeto y, encima, era alto y de buen porte. Cuando finalmente partieron de regreso a Zacatlancillo, uno de los paisanos de Leoni le preguntó a Joaquín cuál de las tres muchachas le había gustado más y él respondió que Leoni, a quien le gustaría escribirle si hubiera manera de hacerle llegar sus cartas.

Así comenzó un año de intercambio de cartas entre Leoni y Joaquín, mediado por los paisanos que trabajaban en el Hotel Victoria y a escondidas de los padres y hermanos de Leoni. Pasado el año, Joaquín le envió a Leoni un rosario de plata y le pidió permiso para volver a verla, que Leoni concedió con gusto. A partir de entonces, Joaquín salía de Taxco el sábado por la noche, en el autobús que lo llevaba a Teloloapan, y de ahí se trasladaba a caballo hasta Zacatlancillo para asistir a misa el domingo por la mañana y ver ahí a Leoni —del lado de los hombres al lado de las mujeres— tras lo cual emprendía el camino de regreso.



Joaquín Gallegos Albavera.

Pasado el segundo año de conocerse y un año de verse en la misa los domingos, Emilio Salgado, un amigo de los enamorados que trabajaba en Taxco, ofreció su casa para que, además de verse en misa, pudieran platicar un poco. Joaquín llegaba entonces a Zacatlancillo como antes pero, en vez de partir inmediatamente al terminar la misa, se dirigía a la casa de Emilio. Una vez ahí, tomaba un billete, lo doblaba hasta convertirlo en una especie de sobre minúsculo y compacto, y le pedía a un niño que fuera con la señorita Leoni para que se lo cambiara. El niño llegaba a casa de la familia Terán y era bien recibido porque era común que Leoni cambiara billetes usando el dinero que ganaba confeccionando y reparando ropa. Al recibir el billete doblado de esa forma, Leoni sabía que Joaquín estaba en casa de Emilio y entonces inventaba un pretexto para salir de casa, ir a verlo y platicar con él por no más de media hora, para no despertar sospechas. De esa manera, transcurrió otro año.

No fue sino hasta los tres años de conocerse, de intercambiar cartas, de verse en misa y platicar media hora los domingos, que finalmente Leoni aceptó que Joaquín la pidiera en matrimonio, lo cual hizo con la intermediación del Padre Guevara, de Teloloapan, que habló tan bien de él con los padres de Leoni que no encontraron excusas para negarla y aceptaron que se casara con Joaquín, pero no antes de un año a partir de ese día.

No faltaron las enamoradas de Joaquín que decidieran poner manos en el asunto y hubo quien envió cartas a los padres de Leoni acusándolo de espiritista, lo que habría sido una falta gravísima en el seno de su familia. Fue entonces que sus padres decidieron que tenían que conocer mejor al pretendiente antes de dar la mano de su hija y mandaron a hacer una averiguación mediante el sacerdote de Teloloapan que iba a dar misa a Zacatlancillo, quien a su vez se comunicó con un sacerdote en Taxco para conocer de los hábitos de Joaquín, indagar sobre cualquier vicio que pudiera tener, despejar cualquier duda sobre su verdadera fe y sobre el cumplimiento de las obligaciones que le imponía su iglesia. Afortunadamente, Joaquín era católico y practicante como el que más

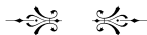
y no tenía otro vicio, si pudiera llamarse así, que su gusto por jugar dominó. El sacerdote de Taxco envió la información al de Teloloapan y éste llevó las buenas noticias a la familia de Leoni.

Lamentablemente, en el transcurso de ese año de espera murió Juan Terán, tío de Leoni, y la tradición imponía como mínimo un año de luto, lo cual retrasó por varios meses la celebración de la boda. Por ese entonces, el papá de Leoni se iba al potrero que tenía más arriba en el cerro, donde había una piedra grande en la que se sentaba a llorar porque su hija se iba a casar. Solía decir que iba a conseguir un perro pelón y una canasta para pedir caridad, porque a su edad ya no podría hacer otra cosa para mantener a la familia.

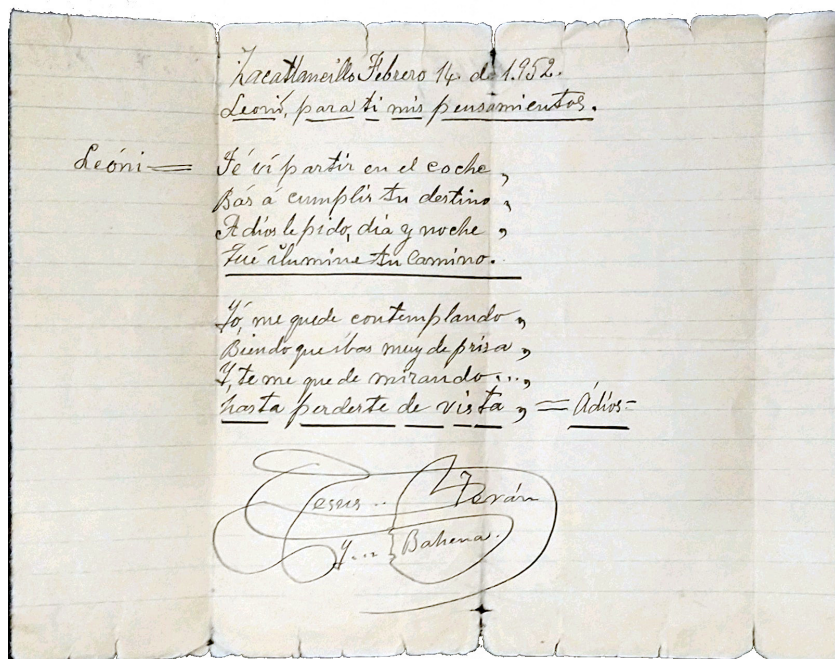
Finalmente, la boda de Leoni y Joaquín tuvo lugar en Zacatlancillo el 14 de febrero de 1952. El papá de Leoni no tuvo fuerzas para entregarla en la iglesia, de modo que tomó su lugar su padrino, Rafael Terán. Papá Chucho, hermano de su papá, le escribió un poema para esa partida tan especial.

Leoni

Te vi partir en el coche,
vas a cumplir tu destino.
A Dios le pido día y noche,
que ilumine tu camino.
Yo me quedé contemplando,
viendo que ibas muy de prisa,
y te me quedé mirando...
Hasta perderte de vista.
Adios.



Leoni se fue a vivir a Taxco con Joaquín, quien había comprado una casa en la calle de Mezquite para ellos y para la familia de Joaquín, que había emigrado de Los Sauces. Allí nació su primera hija, Mago. Sin embargo, aunque cada dos meses iba a Zacatlancillo para llevar provisiones y dinero a sus padres, a Leoni le dolía



Poema que Jesús Terán ("Papá Chucho"), hermano de su papá, le escribió a Leoni por su boda a manera de despedida.

no ayudarlos como antes, así que unos meses después del parto regresó a Zacatlancillo, ayudó a su familia a comprar vacas y terrenos y puso un restaurante a la orilla de la carretera, en donde paraban los autobuses y automovilistas que circulaban por ahí. Por su parte, aunque Joaquín seguía viviendo en Taxco, visitaba a Leoni y a su hija con frecuencia y encontró la manera de hacerse útil para la familia de Leoni, tendiendo una manguera desde un manantial para que llegara agua a la casa paterna, construyendo un tanque para almacenarla y un baño para hacer uso de ella, entre muchas otras acciones que le ganaron el cariño de la familia.

El negocio del restaurante dió muy buenos resultados durante el año y medio en que Leoni lo administró. A pesar de ello, Leoni no pudo aguantar más tiempo sin estar con Joaquín y regresó con él a Taxco. Nacieron entonces sus hijos Joaquín, Lety y Jaime. En 1960 compraron otro terreno, unos cuantos pasos adelante, en la misma calle de Mezquite y mismo barrio de Guadalupe, y procedieron a construir la casa a la que se mudarían en 1962, dejando la otra para la familia de Joaquín. En la nueva casa nacieron sus dos últimos hijos, Pepe y Patti.

El matrimonio de Leoni y Joaquín duró cuarenta años. Leoni lo fue todo para Joaquín y ella se encargó de hacerlo muy feliz, aunque de vez en cuando le reclamara su gusto por el dominó y por la revista *Kalimán* —que compartía a escondidas con sus hijos, poniéndosela en una bolsa trasera del pantalón para que pudieran cogerla sin que los viera su madre.



Boda de Leoni y Joaquín, el 14 de febrero de 1952.



Leoni y Joaquín en 1991.



Su descendencia (2007). De izquierda a derecha y de arriba a abajo: Lety, Jaime, Patti, Pepe, Joaquín, Leoni y Mago.

Leoni y Joaquín se imprimió en septiembre de 2024
en Impresora Villarreal, Tabasco No. 1626, San
Miguel de Mezquitán, 44260 Guadalajara, Jalisco,
México.
El tiraje fue de 20 ejemplares.